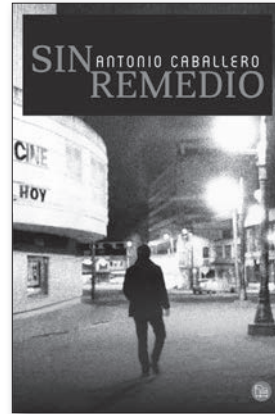


Antonio Caballero, *Sin remedio* (1984)

Sin remedio
Antonio Caballero
Punto de lectura
Bogotá, 2011



Tomado de <http://goo.gl/HsDijf>

Sin remedio es una novela amarga pero vivaz. Su lectura es similar a la experiencia de consumir mambe en un contexto urbano: masticar interminablemente una sustancia espesa, amarga y pegajosa que, en todo caso, despierta la sensación de lucidez, entusiasmo pasmoso, entretenimiento y atenta conciencia, invitando siempre a mascar un poco más y a reflexionar. La lectura, entonces, se disfruta y se padece.

Se disfruta, porque Caballero logra tejer situaciones atractivas que retratan, con humor, ironía y dinamismo, estereotipos de algunos sectores sociales de clase alta de la Bogotá de los años setenta, echando luz crítica sobre un pasado reciente que a Colombia le convendría tener presente. Se padece, porque en cierto momento (y hasta la cúspide final de la novela) esta deslumbrante habilidad para crear situaciones sufre un desgaste ocasionado por la tontería insuperable de su protagonista, Ignacio Escobar, un personaje central que no evoluciona, que no logra dar un paso por fuera del círculo de su egoísmo infantil y vacío de principio a fin de la novela. Así, Ignacio Escobar, de figura que se quiere trascendental, termina por convertirse en un personaje sin volumen, soso y desorientado, que sigue a tientas el ritmo de su proclividad hacia los placeres fáciles (el sexo, el alcohol, la coca,

la marihuana y la pose de poeta maldito y frustrado). Este anquilosamiento del protagonista astilla irremediablemente la narración para el lector ávido de un personaje central dotado de un trasfondo más humano: menos caricaturesco, menos inerte, más vivo, más real.

Sin remedio, como he dicho, tiene pasajes brillantes e inolvidables, como el del almuerzo en la casona de la madre de Escobar (fresco magnífico de los personajes rechonchos y de rancieros abolengos, enfrascados como conservaapestosa en su comodidad áurea e insípida); o la tarde en que Escobar se va para el centro de Bogotá a comprar y fumar bareta, y luego se despacha un par de changuas, una picada y unas cervezas en un restaurante de lo más criollo, atendido por una magnífica mesonera; o las andanzas con Ángela y con Hena, escenas colmadas de un erotismo misógino y de una precisión bellamente lacónica; entre muchas otras que se disfrutaron en la lectura. No obstante, Escobar insiste desgraciada y definitivamente en ser un pelmazo que, lejos de requerir la comprensión y la amistad del lector, requiere más bien una bofetada o, cuando menos, una sacudida, no solo como persona, sino como personaje.

Las incongruencias del protagonista lo convierten en un personaje fallido (sin

verdadero carácter, sin un drama interno real, sin posesión de sí mismo), porque lo que supuestamente debería importarle bastante en su vida, pasa por esta sin dejar huella, como un fugaz delirio febril. Y no es que Escobar no reflexione sobre las cosas que lo rodean, lo que le pasa y lo que les pasa a los demás que le importan, sino que sus reflexiones no revisten utilidad o consecuencia alguna. Esta falta de acción o de comportamiento consecuente no están justificados por un quietismo existencial (como el de Horacio Oliveira en Rayuela, por ejemplo), sino que se enraízan en el mero capricho de comportarse como “un artista”, es decir, de llenar la pose. El personaje central no toma en serio sus propios conflictos. He aquí un breve acercamiento a estas incongruencias.

El esperpéntico poema “Cuaderno de hacer cuentas”, por ejemplo, que tanto esfuerzo le ha costado a Ignacio Escobar, que ha sido su constante desvelo y su motivo de vivir desde el inicio de la novela, y que se supone que con su escritura se debería generar un cambio importante en su actitud o en su mente, no solo es arrojado por Escobar a una alcantarilla en un momento de temor (como si el esfuerzo monumental de su escritura no valiera nada y como si el poema en sí careciera de valor o de sentido), sino que pasa como un estornudo en la existencia mental de Escobar. Tras arrojarlo, él sigue como si nada en su caminar fácil de coca, alcohol y sexo, como un perdido, como cualquier consumidor vulgar de estupefacientes al que nada le interesa.

El repentino arrebató de volver con Fina (su novia más estable, la persona especial en su vida, con quien ha logrado construir una relación de reciprocidades), que es una decisión impulsiva pero aparentemente fuerte, tomada por Escobar en el capítulo 10, no lo mueve a grandes acciones para lograrlo. Apenas si logra llegar a casa

de su amigo Federico y hacer una llamada para dar infructuosamente con su dirección y terminar devolviéndose a su casa a escribir el mencionado poema. Después de esto, no hace más que rodar como una bola por una rápida sucesión de situaciones —en las que se evidencia que “ni por las curvas” Fina le preocupa realmente—, para venir a resolverlo todo en un tonto “Ángela, la amo” (¿?), pronunciado en medio de los efluvios alcohólicos de un banquete en una finca en la sabana.

Con respecto al *statu quo* o el estancamiento que tanto critica de los demás (tanto de los oligarcas como de los mameritos de su círculo social), ese “están muertos” que tanto lo obsesiona y le corroe el alma a Escobar, él no hace nada para intentar quebrarlo, sino que, por el contrario, parece participar gustoso de ello: flota como plancton, cada vez que le conviene, en medio del estancamiento que se supone que repudia. Es cierto que lo señala con mordacidad y que procura alejarse al máximo, pero la única ruptura que le sería posible, la de su propia vida, no la lleva a cabo: se limita a rebotar por donde las circunstancias lo van llevando, con la plata de su mamá y las comodidades de su clase, con el consumo de sustancias y el placer insulso e inmediato que se le pone por delante.

Esta falta de fondo de Escobar le resta mucho a la realización estética de la novela, pues lo relega, como personaje, a ser apenas una excusa vacía para retratar y criticar idiosincrasias y problemas sociales bogotanos de la época. Los falsos conflictos del protagonista (la creación de un poema o una obra poética que lo redima, la necesidad de luchar por su novia o por una pareja estable —de encontrar una forma madura del amor para asirse a ella—, la ruptura con el *statu quo* propio y el de la sociedad capitalina que lo rodea), los conflictos centrales de la novela, no se resuelven, porque

Escobar no es consecuente con estos: sus “grandes preocupaciones” terminan por importarle un bledo, incluso en los momentos más críticos, en los que se deja arrastrar por el afán, por la urgencia sexual, económica o de mera vanidad del momento.

Podría decirse, entonces, que la inconsecuencia (la gran evasión en la que se convierten los placeres fáciles para Escobar) es la verdadera protagonista de la novela, mientras que él es solo una gran metáfora de la inconsecuencia de la sociedad colombiana consigo misma, lo cual justificaría plenamente la magnánima estupidez de este personaje. Pero *Sin remedio*, entonces, como obra autónoma, pierde brillo, por estar restringida a un propósito demasiado utilitario, demasiado local. Es una novela con las alas cortadas, en la medida en que no obedece a las tensiones internas de su protagonista, sino al propósito que le endilgó Caballero: el de pintar la torpeza de una época y de ciertos estereotipos sociales, el de satirizar y criticar algunos modos del cáncer que corroe la sociedad colombiana (la deficiente educación, la corrupción, la falta de identidad, la entronización del placer y de la riqueza fáciles, la viveza que suplanta al respeto, el patrioterismo raso, la ceguera brutal de los poderosos, los tratos oscuros entre estos últimos, la Iglesia y las Fuerzas Armadas). Pero una novela de mayor envergadura solo debe, a mi parecer, servir a sí misma, y no a los intereses personales o comprometidos del autor, por más loables que estos sean.

Sin remedio no es, en consecuencia, una novela sobre la búsqueda artística, como a veces es percibida y vendida, sino una tragicomedia sobre el estancamiento social y cultural de una nación, una tragicomedia montada a partir del hundimiento

de un artista mediocre y falso, subyugado a su vez por una sociedad mediocre y facilista.

La petulancia de Escobar, su tontería, su infantilismo, su terrible egoísmo y su misoginia lo conducen inevitablemente al magnífico final de la novela. Tal es el golpe maestro con el que Caballero logra redimir al lector después de que este ha resistido angustiada y entretenidamente al personaje central durante las más de seiscientas páginas que conforman la novela. El maravilloso absurdo de las circunstancias bajo las cuales se da el final redondea la sensación de estupidez que proyecta la sociedad pintada en *Sin remedio*. Esto último es un rotundo éxito de la novela: logra mostrar cómo la falta de carácter y de seriedad con un proyecto artístico conduce a un estridente fracaso, al tiempo que señala las perversidades de una sociedad que no logra reconocerse ni actuar de modo consecuente con su realidad.

Sin remedio, finalmente, es una voz local de la novela colombiana que ilumina con audacia, agudeza y humor negro el horror de una sociedad subsumida en la ignorancia, la ambición cerril, la hipocresía, la corrupción y la alegría fácil, y que se hunde regodeándose en semejante fango. Pienso que es difícil tolerar o querer a Escobar, como es difícil querer en grado alguno nuestro propio anquilosamiento social y cultural. Pienso también que *Sin remedio* habría podido ser otra cosa, salir del localismo con un personaje central menos cerrado sobre sí mismo y menos obediente a los propósitos de Caballero, y que, de todas formas, el cómico dulzor que destilan sus páginas está impregnado, no sin razón, de una profunda amargura.

JORGE ENRIQUE BELTRÁN